

EL DESPERTAR

PERIÓDICO ANARQUISTA

AÑO IX.

NEW YORK, 30 ENERO DE 1899.

NUM. 183

CONTRA LA APATIA

No hay peor cosa que la apatía, y, desgraciadamente, ésta se ha apoderado del elemento revolucionario de habla castellana residente en este país.

Al acabar la guerra hispano-norteamericana, un vívido despertar enardeció los abatidos ánimos. Una hermosa alborada nos hacía presagiar el comienzo de una exuberante y cautivadora primavera. Todo parecía reverdecer.

Salieron de nuevo á la palestra nuestros periódicos, anunciábase aquí, allá y acullá la creación de grupos, la constitución de círculos, la reorganización de sociedades de resistencia; principiaron las huelgas, y hablábase con entusiasmo de realizar cuanto antes una unión federativa de las sociedades de resistencia.

Pero el ardoroso impulso, no logró contrarrestar por completo á la inercia dominante, y, por ahora, raquíticamente vive cuanto inicióse al primer momento: los periódicos, los grupos, los círculos, las sociedades, y de la tan anhelada unión federativa ni tan sólo se habla ya.

¿A qué se debe ese decaimiento? Sólo á apatía podemos achacarlo, ya que todo conspira para arrastrarnos á la lucha y, sin embargo, ni hacemos nada, ni nos preparamos para hacer; nuestros periódicos ó han dejado de aparecer ó viven lánguidamente, los grupos no dan muestras de existir, los círculos y las sociedades quedaron en estado embrionario.

Y no será, no puede ser porque nuestra situación económica y moral haya siquiera mejorado. Somos explotados, maltratados, ofendidos como siempre fuimos. Peor aun, y, con todo, pacientemente soportamos todas las bellaquerías, los insultos y cuantas infamias contra nosotros se perpetran. ¿Es que en vez de progresar degeneramos? ¿Se ha disipado aquel espíritu rebelde que tanto nos distinguió? ¿No aspiramos ya más á nuestra total emancipación? ¿Será posible que nos concretemos á vivir tranquilamente peor que esclavos, como miserables y maltratadas bestias?

Nos rebelamos á tan vergonzoso pensamiento. No es posible tal bajeza en quienes han llegado á concebir el más alto ideal de libertad, de justicia, de amor. Continuar en la apatía que nos tiene postrados, sería negarnos, no sólo como revolucionarios, si que también como hombres.

Ante nosotros hay una obra magna que realizar. No se trata sólo de la lucha cotidiana para el pan de cada día, no se trata sólo de alargar y fortificar nuestras conciencias con la propaganda y el estudio constante, no se trata sólo de estar preparados nosotros para la venidera Gran Revolución; tratábase también de atender al desenvolvimiento del ideal redentor en dos grandes regiones que hablan nuestra lengua y que por diversas circunstancias han quedado, sino del todo huérfanas, faltas de franca y resuelta propaganda anarquista. Nos referimos á España y Cuba. Y esto no puede hacerse con los nimios esfuerzos que efectuamos aquí. Continuar apáticos, sería suicidarnos.

NO HAY PEOR SORDO...

Vuestro ideal *sociedad libre* — nos argumenta la gente de orden — sería la confusión más espantosa que pudiera darse. Sin un poder que regulara las relaciones humanas, presidiera la organización del trabajo y distribución de sus productos, sin nada ni nadie que diera regla é hiciera respetar todos los derechos, las pasiones humanas se desbordarían y el caos social sería su lógica consecuencia. Sin un poder que previniera y reprimiera los actos punibles, el hombre mataría á su semejante, no habría vida social posible.

Y después de haber argumentado en tono campanudo y grave del modo que dejo expuesto, creen haberlo dicho todo, rebatido todo... y no han dicho nada.

Al argumentar de tal modo, desde el liberal hasta el republicano más avanzado, no se fijan en que lo único que hacen es desconocer la influencia bienhechora de esta libertad de la cual se proclaman los más celosos defensores, y que ponen un límite á su progreso. Se llaman evolucionistas y truncan la evolución; hombres de progreso y defienden el *statu quo*; creen ser lógicos y se espantan en mitad del camino de sus deducciones. Puede en ellos más el atavismo, el hábito adquirido, que todas las lecciones de la ciencia, de la filosofía, y lo que es peor aun, de los hechos, más elocuentes que todas las palabras. Me hace el efecto de un individuo que avanzara por un camino volviendo la espalda al punto donde quiere dirigirse.

Precisamente los males que ellos creen serían el resultado de una *sociedad libre* no son sino los males engendrados por el autoritarismo que preside y regula la organización social presente. Que males son estos, todos la vemos y á diario. La ley no previene el delito. Cuando por rara casualidad lo castiga, el escarmiento no evita que se reproduzca al día siguiente. No hay equidad en el reparto de los bienes naturales. Hay individuos que, después de haber trabajado y producido toda su vida, la acaban muriéndose de hambre y de frío al lado de los repletos almacenes. Millares de obreros hay que no desean otra cosa que trabajar, y el sistema de producción capitalista los arroja al arroyo, condenándolos á huelga forzosa. La maquinaria ahorra el esfuerzo muscular creando el pauperismo. La institución matrimonial necesita, como válvula de seguridad moral y garantía de su funcionamiento, que se prostituyan millares y millares de mujeres. Dicen que sin esto correría peligro el honor de casadas y doncellas, lo cual dice muy poco en favor de las pasiones del macho y de la influencia de las lecciones de nuestros moralistas de sacristía. Medra el ocio y es patente eficaz para escalar los altos puestos. La usura se enriquece. La explotación del hombre crea un fortunón á los hábiles. Es oficio el charlatanismo. Mendigando hay quienes se construyen suntuosas moradas. La iniciativa individual queda ahogada por el rutinismo. El arte se ha hecho lacayo de la riqueza. El miedo al palo ó á la miseria crea la mogaisteria religiosa, el convencionalismo en política y en las costumbres. La moral tiene dos caras, una pública y privada la otra. La libertad de acción tiene que consultar al estómago. De la del pensamiento no hay que decir. La fraternidad nos la dan en plomo en los campos de batalla. La justicia es... todo lo enumerado. ¿Se quiere más? ¿Otra prueba demostrativa de que el poder regulador de la organización social presente ni es ni respeta el derecho, antes al contrario, prepara el camino á la barbarie más brutal que darse pueda? Vamos á buscar esta prueba en lo mismísimo labios de la gente de orden, en los labios de los que tienen por misión enseñar al público ignorante el respeto al principio de autoridad, en los propios labios de los que argumentan como dejo expuesto al principio, lo cual no quita para que tropiecen á cada paso con su mismísima lógica y acaben en la más cándida de las confesiones, que relevan de toda prueba á sus contrarios.

“Paris, 13. — *Le Temps* publica un importante artículo acerca del tratado de paz impuesto á España por los Estados Unidos, y en el cual se dice que los tratados de paz concertados de cincuenta años á esta parte en Europa *no han sido otra cosa que contratos leoninos* en daño del vencido por la superioridad temporal de las armas. Todos estos tratados, según *Le Temps*, no son otra cosa que *gérmenes de revanchas y venganzas*, causa del malestar universal.

“La aparición de la República Norte-americana — dice *Le Temps* — en la política internacional, acrecentará los gérmenes de discordia y abrirá, seguramente, una nueva era de odios y venganzas.” — (El Diluvio.)

De lo observado por *Le Temps*, reforzado por la escritora Mme. Rattazzi en la *Nouvelle Revue Internationale*, y corroborado por infinidad de observaciones y afirmaciones hechas y escritas por escritores de todo género (partidarios del principio de autoridad) en momentos de lucidez ó de sinceridad, de despecho ó inspirados por un sentimiento de justicia no del todo atrofiado por una falsa educación oficial; y que aquí podría citar, si no fuera tarea para volúmenes enteros, se desprende que la autoridad, vinculada en el Gobierno, esta rueda de la gran máquina productora capitalista, no es el orden, ni el derecho, ni la fraternidad, ni la justicia, ni la previsión, ni la moral, ni la libertad, ni nada que se le parezca. Es, pura y simplemente, el defensor del privilegio, del capitalismo y de la propiedad privada; pero como la propiedad privada, el capitalismo, el privilegio, la religión, la autoridad, en una palabra, toda la presente organización social, engendra el cúmulo de horrores anteriormente citados, resulta que hay que ir á buscar la libertad, la justicia la igualdad, y la fraternidad en otra parte más... libre interin los partidos del principio de autoridad no sepan ofrecernos otra sociedad mejor que este su infierno de sufrimientos y miserias actuales.

Y el fenómeno es curiosísimo. Toda la gente de orden reconoce que los males que lamentamos son consecuencia obligada de una defectuosidad en la organización social; pero casi todos se oponen á cambiar de rumbo de modo esencialmente radical. ¿Por qué? Por interés, por avaricia, por orgullo, por amor propio, por rutinismo, por ignorancia; por un instinto de conservación individual reñido con el instinto de conservación de la especie, por atrofia de todos los sentimientos altruistas, por egoísmos del momento ninguno por que esté fuertemente posesionado de la verdadera bondad del sistema social que defiende. Si pudieran salvar las cabras del presente y las coles del porvenir, ó sea respetar los intereses creados y alejar el peligro de las reivindicaciones populares que asoma la nariz en todas las naciones, entonces ¡ah! entonces todos serían partidarios de un cambio; pero como esta posibilidad no la ven, se aferran sistemáticamente á todo lo viejo y caduco, dejando el venidero diluvio para sus sucesores.

Y lo más curioso del fenómeno es que la sistemática negativa á admitir como necesaria una sociedad de seres libres é iguales, lo mismo es patrimonio de monárquicos liberales — salvo las gradaciones que se conocen en su mayor ó menor espíritu de progreso y de tolerancia — que de los socialistas de Estado y de los demás partidos intermedios.

El principio de autoridad ofusca la razón hasta el extremo de no querer ver que el sufragio y el parlamentarismo son una farsa, lo mismo en monarquía que en república; que el Estado lo mismo atropella el derecho en monarquía absoluta que en monarquía constitucional; en república unitaria que en república federal; que lo mismo se vuelve absorbente y conquistadora la Rusia que los Estados Unidos, y que si no fuera por la oposición de los *sans-culottes* de todos los países, todos los diversos sistemas políticos acabarían en el más de enfrenado despotismo. Que es lo que duerme y acecha siempre en el fondo, aún de la menor cantidad posible de gobierno.

Y no obstante, los hechos, la brutal realidad de los hechos está constantemente presente dando con la badila en los nudillos á los partidarios del *status quo* económico, á los cangrejos de la política, á la moralistas de sacristía y á todo su séquito de cerebros atrofiados por la rutina y un largo periodo de servidumbre. No pueden ó no quieren concebir un más allá, y llegan hasta el absurdo de lanzar el anatema á los que lo conciben, sin fijarse en que todas las utopías de cualquier presente han sido la realidad del mañana. A pesar de todo, el mundo marcha. — JOSÉ PARR.

EL DESPERTAR

PERIÓDICO ANARQUISTA

Se publica una edición los días 15 y 30 de cada mes

Administración

Redacción

1255 5th Ave., BROOLYN, N. Y.

350 Clay St., PATERSON, N. J.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Interior y exterior, dos meses. 25 centavos
Número suelto. 05 id

COBRO ADELANTADO

¿CAPITAL O TRABAJO?

Al hombre primitivo, bastábale para vivir la vida rudimentaria de aquella remotísima época, apoderarse de los sazonados frutos de los árboles y dar caza a los demás animales para nutrirse con sus carnes y cubrir su desnudo cuerpo con sus pieles. Con esto y ponerse al abrigo de la intemperie debajo de una roca saliente estaba al cabo de la calle de todas sus fatigas, que, no por ser groseras, dejaban de ser las fatigas precursoras del desenvolvimiento del trabajo que apareció más tarde.

Al cazador sucedió el agricultor y á éste el industrial. Su agricultura é industria eran de lo más rudimentario que darse puede, muy poco complicadas, pero dado el corto número de habitantes de cada tribu y lo dispersas que andaban éstas, aquel rudimentario trabajo no exigía complicadas relaciones comerciales y el simple *cambio de productos*, efectuado de tribu á tribu, bastaba para poner á éstas en posesión de lo que no podían producir, sea por la mala calidad del terreno que habitaba ó por insuficiencia intelectual.

En sus relaciones internas, casi todas aquellas tribus eran comunistas. Desconocían el tuyo y el mío, y los *consejos* del más viejo de la tribu eran la suprema ley, la única autoridad voluntariamente aceptada, no impuesta por fuerza alguna.

Las relaciones de tribu á tribu no eran menos libres. El simple pacto, convenio, bastaba para efectuar el cambio de productos ó dirimir diferencias. Cuando alguna surgía, por reyerta ó homicidio (el robo era desconocido allí donde *todos* eran propietarios) se reunían en asamblea ambas tribus y las arreglaban á su modo sin grandes preámbulos y sin efusión de sangre ni venganzas recíprocas.

Llaman á ésta, no sé por qué, época salvaje, cuando precisamente el salvajismo de hecho, el auténtico no apareció sino cuando algunos individuos, una tribu acaso, menos trabajadora ó de vida natural más precaria, dióse cuenta de que las tribus vecinas andaban sobrañtes de productos y fiaron á la fuerza material la satisfacción de sus necesidades, arrebatando violentamente al vecino más débil ó desprevenido el sobrante de su producción. La aparición de estas tribus guerreras data la desviación de la vida natural, y andando el tiempo el hombre ha erigido en sistema, en ley, esta equivocación del derecho y lo ha perfeccionado hasta llegar al imperio de la fuerza que, si pocos siglos hace, imperaba en todo su vigor, es aun la base de toda nuestra civilización.

A los consejos del más viejo de la tribu sucedió la voluntad del guerrero, más tarde la del soberano, robustecida con el apoyo del sacerdote, y más tarde aún la del gobierno.

Al comunismo de los primitivos sucedió, con las guerras de rapiña, la propiedad privada, pasando de mano en mano diferentes fases hasta ser lo que hoy es: un privilegio que permite á unos vivir sin trabajar y á otros los condena á trabajar sin poder comer apenas.

El cambio de productos trocóse más tarde, parte consecuencia misma del nacimiento de la propiedad privada, parte por la mayor complicación de relaciones de tribus á tribus y de pueblos á pueblos, agricultores unos, exclusivamente industriales otros, trocóse más tarde, repito, en la compra y venta de productos, mediante un signo de cambio que equivaliera sus valores. La moneda, el dinero, hizo su aparición sobre la tierra con su modesto papel de signo de cambio. Producto del esfuerzo humano, del trabajo, no tenía entonces más valor que éste.

Como este signo de cambio, este producto del trabajo, se fué trocando más tarde en amo de los demás productos, es cosa que ocuparíamos demasiado tiempo

explicar y que puede resumirse en dos palabras: Del mismo modo que las tribus guerreras se hicieron propietarias del trabajo ajeno, acapararon también el dinero estimándolo como un producto superior á los demás y cuya posesión les permitió vivir en la holganza.

Mi objeto, al escribir estas líneas, no es explicar la evolución de la autoridad, de la propiedad y del capital moneda, sino bosquejarlos simplemente para poder señalar una afirmación.

Y esta afirmación es la siguiente: Los economistas políticos que creen en la indispensabilidad del capital y los que sostienen que el capital es trabajo acumulado lo elevan á la categoría de propiedad santa é indiscutible contra la cual nadie puede osar, no saben lo que se pescan ó mientan á sabiendas para mejor defender la propiedad privada, origen de todas las miserias de los pueblos.

No es indispensable el capital-moneda porque los pueblos primitivos vivieron desconociéndolo durante muchísimos siglos. El animal hombre no comió dinero: Se nutre de carnes y vegetales, se viste con pieles y tejidos, se cobija debajo de una cabaña ó de un palacio, se traslada y traslada sus enseres de un punto á otro mediante los varios medios de transporte que utilizó y utiliza, es decir, vive de los productos que elaboran sus manos trasformando las primeras materias que la naturaleza ha puesto en la superficie ó debajo de la tierra. El hombre vive de su trabajo, porque el trabajo es la vida y es la primera necesidad: Gasto y reposición de energías.

Poned en una isla todo el dinero que queráis, y en otra —las dos en condiciones de habitabilidad— doscientos individuos de ambos sexos, completamente desnudos y desprovistos de todo, y veréis como á la vuelta de dos siglos, y gracias al instinto de conservación de la especie, el trabajo, el esfuerzo muscular y cerebral, habrá creado productos allí donde había naturaleza y hombres, y habrarse podrido el papel-moneda y borrado la efígie de las monedas allí donde pusisteis el capital.

El hecho de la creación del dinero no supone indispensabilidad del capital para la vida del trabajo. Y si el cambio de productos de los primitivos no significara por sí solo la necesidad del dinero, la creación de éste sólo significaría á lo sumo una necesidad de un signo de cambio para evitar los molestias de llevar al mercado los productos que se desean cambiar.

Continuará.

LA MISERIA

Nombre aterrador, apellido mezquino, odioso apodo, conjunto ruin y execrable, huye, huye de mí más lijera que el viento, quitate de mi vista, desaparece para jamás volver. No me asesines, no atormentes más á la humanidad, déjanos gozar las riquezas de la naturaleza, déjanos nadar en la opulencia, déjanos disfrutar lo que con tanta fatiga producimos, déjanos saborear, solazarnos en completa satisfacción.

Tú eres á la vez productora y producto de epidemias y de toda clase de asquerosas y repugnantes enfermedades; tú produces riñas y quimeras, pendenencias en el hogar, suicidios; tú haces terrible la lucha por la existencia. Eres la que, mal abrigados en invierno, nos matas de frío; la que, faltos de comodidades, nos asfixias en verano; causas la infelicidad, haces imposible la vida. Contigo va la carcoma, el desgaste continuo de nuestro organismo, la agonía constante y horrible.

Huye, fantasma abominable, desaparece para jamás volver.

Hombre infeliz, insensato, ¿tengo yo la culpa de mi existencia? ¿Produzcame yo misma, soy acaso mi propia madre? ¿No fué vuestra ignorancia, vuestro egoísmo, vuestra ambición criminal, vuestro salvajismo, en fin, quien me produjo? ¿No es acaso vuestra desigualdad de condiciones, vuestras preocupaciones absurdas, vuestras luchas intestinas, vuestra estupidez quien me sostiene? Es cierto lo que me decís, lo comprendo; soy el caos, la muerte. Pero fuisteis vosotros que me creasteis, sois vosotros los que me mantenéis; de vosotros, no de mí, dependé mi anulación.

¡Desposeídos de la tierra, uníos! Estableced la Justicia y la Libertad entre vosotros y la Miseria habrá desaparecido.

J. ALONSO.

SEMEJANZAS (1)

ESTADOS UNIDOS.—Señora España, está usted administrando muy mal estos territorios y gobernándolos peor. Es una injusticia que no puede permitir el derecho, la civilización, y . . .

ESPAÑA.—Déjeme usted en paz. Estoy en mi casa y hago lo que quiero de los muebles que me legaron mis mayores. Si usted no se entrometiera en asuntos ajenos y no sembrara cizaña entre mis colonos, ya los tendría reducidos á la obediencia. . .

ESTADOS UNIDOS.—Si, con los bárbaros procedimientos de antaño. Mucho plomo y nada de justicia, igualdad, y . . .

E.—Peor hace usted con los pieles rojas de su país, que los extermina en masa.

E. U.—Esto no es una razón demostrativa del derecho que á usted le asista para hacerlo peor, y por lo tanto, le conmino para que dentro el perentorio plazo de . . .

E.—Váyase usted á freir . . . indios y déjeme en paz, le digo. Haré lo que se me antoje.

E. U.—¿Si? Ahora lo veremos.

(El cañon retumba. Se hunden algunos buques cargados de carne humana. Muchas costillas proletarias rotas. Haciendas destruidas. Madres que lloran en vano.)

E. U. (como los matones).—“¿Tienes bastante?” ¿Te has convencido de tu barbarie?

E. (compungida, pero no llorosa).—Hagamos las paces, porque . . . estoy arruinándome.

E. U.—Aquí van mis condiciones. Quiero éste, aquél y el otro terreno. Desaloja enseguida.

E.—¡Pero esto es demasiado! Considere usted que la tradición, el derecho de propiedad, la justicia. . . Además, este terreno no estaba en litigio y no puede usted exigírmelo. . .

E. U.—No admito peros. Los quiero todos. En cambio te daré unos millones. Acepta, porque me corre prisa.

E.—Mi honor me impide. . . ¿Qué dirán las demás naciones de mi tradicional arrogancia si acepto? . . . ¿No podría usted doblar la suma?

E. U.—Ni un centavo más.

E.—Protestaré, recurriré. . .

E. U.—Al Nuncio. Nadie te hará caso. Acepta, ó me quedo con algo más.

E.—Esto es un atropello, una canallada inaudita. . .

E. U.—No hay tales carneros. Es la razón de la fuerza. Soy el más fuerte de los dos y aceptarás quieras ó no. (Cae el telón. El patriotismo se desplomó, anonadado.)

(La escena en la oficina de cualquier taller, fábrica dirección de minas.)

EL SEÑOR CAPITAL.—¿Qué se os ofrece?

TRABAJADOR (balbuceando).—Quisiera . . . desearia. . .

C.—Al grano.

T.—Pues, que me aumentara el salario. Con diez reales no puedo vivir. Además, deseo la rebaja de una hora de fatiga. Estoy extenuado.

C.—Imposible acceder. Me lo impide la subida de los cambios, el recargo de la contribución, y . . . (una voz, que no se oye —Y la querida.) ¿No pueden ustedes esperar unos días?

T.—El hambre de los míos no tiene espera.

C.—Pues tendrá que esperar.

T.—Nos declaramos en huelga. La razón, la justicia y el derecho están de nuestra parte. Haremos público este derecho y el egoísmo de usted.

C.—Sois unos exigentes. Bastante hago con manteneros. Pero sabed que al que ose declararse en huelga quedará despedido. Salid.

(La huelga. Colectas inútiles. Amenazas por ambas partes. La razón, la justicia y el derecho han quedado pateados por una carga de etc.)

C.—¿. . . ?

T. (metiéndose la razón, la justicia y el derecho en el bolsillo).—Transjámos.

C.—Es tarde. Desoisteis mis consejos y no os queda otro remedio que volver al trabajo. . . ¡Ah! Y sabed

(1) Este artículo debía publicarse en *El Diluvio*, de Barcelona; pero los señores encargados de la previa censura tuvieron á bien cruzar con lapiz azul casi todo el artículo, ya que sólo dejaron el diálogo entre España y los Estados Unidos. Pero, querían que no, ahí va para que se lo traquen por completo, si tanto les gusta.

CRONICA LIGERA

A mi amigo Manuel Quesada

de una vez que nos heinos coaligado y que desde hoy, en todas partes donde dan trabajo, queda establecida una nueva tarifa de salarios. Las mismas horas de antes y veinticinco céntimos menos de jornal diario.

T.—Pero si antes con diez reales no podíamos comer, ¿qué haremos ahora?

C.—Esto no es de mi incumbencia.

T.—Pero considere usted que...

C.—No admito consideraciones. Soy el más fuerte y obedeceréis. Me sobran brazos. (La misma voz muda de antes, al paño.—Y también cobardías que emplear.)

* * *

(Diez, veinte treinta ó más años después. La misma escena, pero en todos los talleres, fábricas y minas.)

C.—¿Por qué se me interrumpe? ¿Qué ruido es este?

T.—Una bagatela. Venimos á participar á usted que vamos á declararnos en huelga.

C.—¿Otra vez? ¿No tuvisteis bastante con el ensayo pasado?

T.—Es que esta vez la huelga es general.

C.—¿Y esto qué significa?

T.—Significa que ahora hemos acabado la paciencia todos. Significa que estamos perfectamente ilustrados sobre el valor de ciertas palabras mágicas que nos habían amedrentado hasta el presente y que ya no creemos en su virtud. Significa que el derecho á la vida integral lo tenemos todos y que solo la igualdad económica puede proporcionárnoslo. Significa que el bienestar debe ser patrimonio del que trabaja y no del que está ocioso todo la vida. Significa que queremos ser libres é iguales, no depender de nadie. Significa que queremos, pero para todos, para usted inclusive, siempre que trabaje, se entienda, los beneficios del trabajo, de la ciencia, apoyados por el amor y la fraternidad....

C.—¿Es esto un discurso ó una amenaza?

T.—Ni lo uno ni lo otro. Es un propósito decidido de acabar con la injusticia, la desigualdad económica y la tiranía. Es el propósito de que tanto el Estado como el simple particular cesen de explotarnos valiéndose del engaño ó de la fuerza material.

C.—Nada conseguiréis. Acordaos de la otra vez.

T.—Era muy diferente. Hoy nos hemos dado cuenta de muchas cosas que antes ignorábamos; por ejemplo, que la fuerza está en el número y en la convicción....

C.—Yo tengo la fuerza. Tengo la guardia civil, los soldados....

T.—Trabajadores al fin y al cabo que se convencerán mucho antes que usted de que el derecho nos asiste.

C.—¿Y si no se convencieran?

T.—Se convencerán ante la totalidad de los huelguistas. No trabajando nosotros, dentro unos días se acabarán los viveres para todo el mundo. ¿Cómo se las arreglará usted, entonces, para ocupar, simultáneamente, á la fuerza armada en producir para ustedes y aguantarnos á nosotros?

(La huelga. Una revolucion más ó menos violenta. Inevitable derramamiento de sangre. El señor de Capital no ha sabido dónde huir porque... en todas partes cocían las mismas habas de la resistencia obrera. Talleres, fábricas y minas funcionan de nuevo bajo la dirección de los obreros que los han declarado propiedad común.)

EL OCIO.—Veo que la virgen moderna no esta para tafetanes ni explotaciones. Trabajemos también.

LOS PARÁSITOS.—Que se nos utilice.

LA FUERZA ARMADA.—Me convencieron mis camaradas de oficio.

EL DINERO.—¡Yo, el amo del mundo, verme encerrado en un museo de arqueología! Triste suerte me reservó mi orgullo!...

EL TRABAJO.—La fuerza estaba en el número y en la convicción; del propio modo que antes estaba en la astucia de los menos y en la ingnorancia de los más. Los tiempos cambian... con el tiempo. Y ahora, á trabajar de nuevo todos. Utilicemos la fuerza para producir y no para exterminarnos. Seamos buenos por interés.

PRODUCTORES Y CONSUMIDORES.—Ciencia, trabajo, libertad. Hé aquí el porvenir. Olvidemos el bárbaro pasado. Labor y goce. Hé aquí la vida.

ANIA.

Pronto anochecerá. El sol, un sol pálido y triste, como sol de invierno al fin, ha traspuesto las alturas, reberverando en el horizonte, del lado del poniente, como una hoguera próxima á extinguirse.

Bandadas de pájaros de tránsito van emigrando á más tibias esferas, y en busca de sus nidos las naturales de tan pobre región minera, cruzan veloces el espacio, simulando puntos negros y movibles en el éter infinito.

Parejas y grupos de trabajadores, con paso tardío y sus herramientas al hombro son los únicos que turban con su conversación y el rumor acompasado de sus almadreñas golpeando el suelo endurecido, el profundo silencio y el recojimiento de la tarde. Es el mes de Diciembre. Un aire frío y seco, soplando del primer cuadrante, lleva en sus alas invisibles el tormento más cruel para aquellos, quienes sin carbón en sus hogares, tiritan agrupados á fin de prestarse entre sí, de ese modo, calor y confort.

Por uno de los recodos del camino se vé aparecer un grupo de dos personas. Una mujer como de cuarenta años y un anciano de largos cabellos blancos como la nieve y luenga y sedosa barba de color amarillento como el de la paja de maíz secada al sol.

La mujer es una minera. Sus vestidos andrajosos flotan al viento como banderas destrozadas en cien combates.

Mal envuelta en una manta hecha de retazos de distintas telas y colores, arrastra, más bien que conduce, llorando en silencio, al vacilante octogenario.

Este es el Dr. Bartelon, hombre probo, inteligente y caritativo quien, al graduarse prefirió, como verdadero filósofo y sacerdote fiel de tan difícil ministerio, las solitudes del campo al bullicio de Paris, donde había nacido; las sencilleces de los inocentes campesinos á las hipocresías de la clase media, á la cual pertenecía, y á las asquerosidades de la nobleza á la que por su profesión quizás tendría que tratar.

El anciano doctor lleva puesto un grueso sobretodo que le llega hasta los pies, abriga su cabeza con una gorra negra de piel de nutria y se apoya en un grueso y rústico bastón.

Aunque el doctor y su llorosa compañera tienen que andar más de una milla para llegar á la vivienda de la Sra. Friton, que es como se llama la afligida compañera del anciano médico, sigámosles.

Después de subir y bajar colinas pedregosas y atravesar por terrenos cultivados unos, á medio cultivar otros y baldíos los demás para arribar más pronto entramos en un caserío uniforme y monótono, esa monotonía propia de los barrios mineros en los que, una vez que se ve una casa no hay que ver las demás, pues son iguales todas.

El médico y la mujer entraron en una de estas viviendas. Entremos nosotros también.

En la primera habitación ó sala ya no hay muebles. Todos han ido á parar al monteño. En este monteño que quiere decir piedad, llevan sus trapitos y sus mueblecitos los pobres mineros, para que les adelanten algunos céntimos con el módico interés de un cincuenta por ciento.

En esta sala vacía juegan, sin ocuparse de la desgracia que aflige á la familia, cuatro chiquillos harapientos y sucios con los pies y la cabeza desnudos.

Desde la sala se oye la respiración anhelosa y fatigada de un enfermo en estado grave.

Penetremos en la estancia junto con el galeno y la Sra. Friton.

Alumbra á medias está triste habitación una lamparita de grasa puesta sobre un barril. A su pálida luz, no se ven más muebles que un cajón con algunos frascos y cajas de pildoras y papelillos recetados por el doctor los días anteriores, una silla desvencijada, y en uno de los ángulos de la pared, un reloj viejo cuya esfera, desprovista en algunos puntos del charol blanco, presenta manchas grises representando así la cara plañosa de un sífilítico crónico.

Sobre un mal jergón de paja y entre un montón de trapos sucios y raídos, se destaca una cara pálida. Un sudor frío y pegajoso corre á pesar del frío glacial que hace, por la frente amarillenta y rugosa del minero próximo á entrar en la agonía.

A uno de los gritos estridentes de uno de los chiquillos, el minero abrió los ojos pesadamente. ¿Y Ana? preguntó con voz entrecortada.

El Dr., para tranquilizarlo, le contestó: pronto estará curada, y el enfermo girando en torno sus ojos apagados, los fijó vagamente en la Sra. Friton y la dijo, dame de esa medicina que tanto bien me hace. La infeliz interpelada, contentiendo los sollozos, aún no es la hora dijo, y volviéndose al Dr., se ha concluido, continuó apretando entre sus dientes unos de los extremos de la manita por no romper á llorar.

Ana, la joven por quien el infeliz minero acababa de preguntar era su hija que sólo contaba diez y seis años. Había sido, como su padre, víctima de un derrumbe en la mina. El padre moría de una pleuresía traumática. Ella, Ana, por la fractura de la base interior del cráneo. La habían llevada á un hospital.

No había para un enfermo ¿como iba á haber para dos?

El Dr. Barthelon, con rostro angustoso, dijo á la minera, hay que darle esa medicina, y sacándola á la sala, tu marido se muere, hija; pero, ten conformidad y vive para esos, dijo, señalando á los niños que jugaban.

Ella rompió á llorar. Después de un corto rato dijo entre sollozos, no tengo para comprar la medicina doctor.

El médico sirviéndose de la pared como de una mesa, formuló. Al pié de su firma escribió "Gratis."

Durante esta triste escena que se desarrollaba en casa de la infortunada Sra. Friton, otra más triste tenía lugar en casa del Presidente de la compañía minera. El perrito faldero, el favorito de la Sra. Bardelin, esposa del Sr. Presidente de la compañía, se había caído, fracturándose una de sus patitas.

Tres domésticos salieron con premura en distintas direcciones en busca del mejor veterinario del gran Paris.

R. V. PAGÉS.

Brooklyn, Noviembre 6 1898.

BIBLIOGRAFIA Libros, Folletos y Periódicos

Recibimos, al fin, *La Revista Blanca*. Es quincenal, amena é interesante. Su coste en España es sólo de 25 céntimos el número suelto y de un peso la suscripción anual.

Los que deseen adquirirla, pueden dirigirse á Ponzano, 8, Madrid, ó entenderse con nuestra administración.

* * *

Los compañeros de La Plata hánnos enviado la primera entrega del volumen que contendrá los trabajos premiados en el Tercer Certamen-Socialista, celebrado en La Plata los días 14 y 15 de Mayo de 1898.

Desearnos que pronto puedan terminar el volumen. Las entregas se publican por suscripción voluntaria.

* * *

Llegó también á nuestra redacción el número 5 de la segunda época de *Ciencia Social*, de Buenos Aires. Este número no desmerece en nada de los anteriores. Merece ser leída y estudiada de los amantes de la sociología.

Pueden entenderse con nuestra administración los que deseen adquirir esta importante revista.

* * *

Dos nuevos periódicos anarquistas nos visitaron, *O Despertar*, Rua Senador Pompeu, 119, Rio de Janeiro, Brasil, y *El Rebelde*, Saavedra, 517, Buenos Aires.

Ambos se publican por suscripción voluntaria y aparecen cuando pueden.

* * *

El grupo Rebelión, de Santiago, Chile, pide á todos los compañeros que editen publicaciones anarquistas en España y América, les remitan ejemplares de ellas para extender la propaganda en aquel país.

Dirección: Togo Espinosa, Casilla 104, Correo 3, Santiago, Chile.

* * *

En la "Revista Blanca" vemos anunciada para este mes la aparición semanal en Madrid de un periódico revolucionario que se intitulará "Vida Literaria," el cual publicará una interesante obra de Pedro Corominas, titulada "Prisiones Imaginarias," en la cual se relatarán las infames torturas aplicadas en el maldito Montjuic.

Bienvenido sea si viene á ayudar á la propagación de nuestro caro ideal.

LA CONFERENCIA ANTI-ANARQUISTA

Ya pueden estar tranquilos los potentados de la tierra, los que veían, hasta entre las cortinas de sus camas, la cara demacrada y las manos enflaquecidas de un vengador de la injusticia social, exigiéndoles el pan con tanto trabajo amasado, y del cual él tan sólo pudo recoger unas migajas para mitigar el hambre de sus harapientos hijos. Duerman sin temor á la pesadilla que por todas partes perseguía á los césares modernos, á sus ministros, á sus satélites asalariados y á la encanallada burguesía, esa burguesía que sólo se ocupa del trabajador para tiranizarle, explotarle y envilecerle, estos miserables que, con su desmedido lujo y con sus soberbios palacios, escarnacen al pueblo que, sin ropa con que cubrir sus maltratadas carnes y con solo una desvencijada habitación por hogar para toda la familia, pide lo que le roban, exige lo que la naturaleza pone al servicio de todo ser y protesta contra el regimen que le esclaviza á otro hombre, que sin derecho alguno le escupe el rostro con sus superfluidades y le ametralla cuando se rebela.

Si, potentados de la tierra, descansad; la conferencia de Roma ha terminado sus sesiones; sus acuerdos permanecen secretos; pero no importa, dormid tranquilos. ¡Desgraciados! Os engañáis vosotros mismos, creyendo hacer creer á los demás que con vuestras nuevas medidas de rigor habéis salvado esta miserable sociedad de la bancarrota á que por sus mismos crímenes se aproxima.

¡Malvados! De nada han valido los asesinatos de Fourmiers, Río Tinto, Jerez; vuestro crimen de Chicago sirvió sólo de sacudida á los aletargados trabajadores de América, y vuestro más reciente crimen, el cúmulo de barbaridades é infamias cometidas en Montjuic, sólo ha servido para hacer más adeptos al ideal redentor, acercando, por tanto, el día de la expiación de todas vuestras infamias.

Continuad glorificando á los hombres que, desde sus palacios y lejos del alcance de las balas, se aprovechan de la ignorancia del pueblo para convertirlo en asesino de sus semejantes, con el objeto de añadir nuevos territorios y nuevos esclavos á sus dominios; seguid llamando héroe al astuto general que, en vez de dedicar su talento al bien de la humanidad, sólo estudió el mejor modo de destruir á los hombres; y que, aprovechando sus conocimientos, conduce al matadero á miles de hombres que, ilusionados por el fantasma de la patria, exterminan á otros miles de trabajadores que, tan fanáticos como ellos, marchan á ser carne de cañón para mantener uno ó más despotos.

Si, glorificad y honrad á estos malvados y premiad sus asesinatos; y en cambio, llamad asesinos y devastadores de la sociedad á los que, conocedores de la injusticia social, y viviendo en un ambiente que les asfixia, al contemplar su miseria y la de sus compañeros, con el cerebro calenturiento del mucho trabajo y de la forzada vigilia, tratan de rebelarse y destruir, no á sus semejantes, sino al sistema que les aniquila y en su lucha por alcanzar el bienestar para todos, en su deseo de armonizar á todos los seres, se ve precisado, como el río desbordado, á arrastrar cuanto á su paso se opone hasta llegar al ancho mar de sus ideales redentores.

Tratadnos como queráis que nada habéis de poder en contra nuestra.

Os habéis reunido los representantes de la tiranía, no para buscar un medio con que aliviar en algo las miserias del trabajador, sino para maquinara una nueva infamia que añadir á las innumerables iniquidades vuestras.

No véis, insensatos, que con vuestros crímenes firmáis la sentencia de muerte de esta maldita sociedad que á todo trance queréis conservar.

Os parecen aun pocos los crímenes que á diario se cometen con los infelices que piden justicia? ¿Es que habéis perdido ya la confianza en la millonada de ignorantes trabajadores que arrebatáis al hogar para viciarlos en la holganza para después entregarles un fusil y ordenarles que asesinen á sus compañeros indefensos? ¿Es que pretendéis atemorizar al pueblo con nuevo lujo de crueldades?

¿Cuánto os equivocáis! La simiente está echada, y vosotros mismos, con vuestros crímenes la llevaréis á terrenos hasta ahora áridos, y recogeréis el fruto de vuestra injusticia social.

¿Creísteis que manteniendo secretos los acuerdos nos aterrorizaríais? ¿Como os engañasteis! Cual-

quiera que sea el nuevo tormento inventado, poco nos importa. Será una ley más que aumentará el número de los mártires, cuya sangre hará brotar la semilla desparramada y robustecerá el árbol que ha de ahogaros entre sus ramas.

P. ANCEAUME MARTÍNEZ.

Brooklyn, 28 Diciembre 1898.

MEZCLILLA

Charla charlando

Convenientemente convocados reuniéronse los tabaqueros de New York para constituir su sociedad de resistencia, y á pesar de que la reunión no fué lo numerosa que era de esperar, no por eso dejó de discutir y aprobar las bases de la nueva Sociedad. Dióse ésta por constituida, y nombróse el Comité administrativo, que empezó ya á funcionar con buen ánimo y mejor voluntad.

Se trató en dicha reunión de la huelga de Starlight, acordando la Sociedad abrir una recolecta en todos los talleres para ayudar á los huelguistas necesitados. En otro lugar de este número publicamos su resultado. Nuestro caluroso aplauso para cuantos, en vez de desmayar ante el indiferentismo reinante, se esfuerzan para disparlo completamente.

Por fin, se ha abierto el Circulo de Trabajadores. Ya era hora.

Importa ahora no dejarlo languidecer, convirtiéndolo en nuestra casa solariega do el estudio y la propaganda estén en constante realización.

Residencia: 154, Fulton St., Brooklyn.

El meeting internacional celebrado en Nueva York contra la Conferencia Antianarquista tuvo un éxito completo.

El vastísimo salón de Cooper Union resultó pequeño. Pasarian de 6,000 los asistentes.

La nota francamente revolucionaria vibró aquella noche en los cerebros de todos los precursores de la idea anarquista.

Allí quedó comprobado que el complot tramado en contra la libertad en Roma, habia fracasado.

Cómo se frustrarán cuantos inician ó intenten perpetrar los tiranos.

Contra las ideas nada pueden los mandatos, ni las represalias.

Por lo mismo, antes, en el momento y después de la celebración de la Conferencia, cuanto sobre ella oíamos ó leíamos, á lo sumo, nos hacía asomar la sonrisa en los labios.

¡Bravo por los operarios de Starlight! Hastiados de soportar las exigencias judaicas de su inicuo explotador, declaráronse en huelga.

La reclamación fué: Nivelación en las vitolas de de habano, uno y dos pesos más en las de país-habano; que se rebajara sólo los sábados, y que para nada se inmiscuyera el dueño en las funciones de capataz.

La nueva Sociedad, junto con los huelguistas, tomó á pechos la coña, y se ganó redonda.

Sirva ese proceder de ejemplo á todos.

Y en especial á los que trabajan en casa del nunca bastante bien... apaleado Torquemada.

Ni sentimientos tienen.

Los que permiten, como ellos permitieron, que se rebaje á los nombrados para hacer la recolecta, merecen ser... despellejados por el testuz Torquemada.

En cuanto al profeta que anunció con tiempo lo acontecido y que con tiempo profetiza siempre todos los malandares del inquisidor testuz, como si él fuera quien la ilumina, lo tendremos presente... en nuestras oraciones.

Y el momento ha de llegar que, si no á las buenas, á las malas levantaremos á esos tipejos que se pegan á la mesa como ladillas á ciertos lugares del cuerpo.

Y no tardaremos mucho, porque estamos ya cansados de... rascar.

¿Y á los 13 rompe-huelgas de Guedalia no habrá quien les rompa la crisma?

REMITIDO

Sr. Director de EL DESPERTAR.

Muy señor mío:

No quisiera molestarle á V. con esta carta, pero la sorda y secreta mala fe de ciertos compañeros de trabajo me obliga á mandar las presentes líneas para que las publique en su periódico.

La calumnia, ese engendro maldito, ha querido hacer presa en mi personalidad como obrero, y no estoy dispuesto á tolerarlo.

Hace cinco ó seis semanas, no recuerdo bien la fecha, nos declaramos en huelga en la casa de Guedalia y C.ª y después de pedirle más precio por nuestro trabajo, nos fuimos á la calle sin dejar nombrada una comisión que nos representara y nos diera carácter y respeto. Yo, según cogí mi tabla y mi dinero, me fui á la Trocha y me senté al siguiente día. Trabajé tres semanas y dos días; hasta que me rebajaron, como acostumbran esos vándalos á rebajar.

Sali con mi tabla bajo el brazo, me fui á sentar á Madison Ave., núm. 1778 en un Cigars Store, entre 116 y 117, en donde estoy aun.

Por lo tanto, ruego á los caballeros que dicen me senté á romper la huelga, me lo prueben, ó de lo contrario, daré sus nombres para que los demás compañeros les conozcan como calumniadores, y se guarden de ellos como de reptiles venenosos.

Creo, pues, Sr. Director, haber cumplido mi deber como buen obrero, y espero que esos señores cumplan el suyo como hombres honrados y justicieros.

Suyo aféctmo.,

Miguel M. GONZALEZ.

New York, 5 Enero 1899.

OFICIAL

Compañeros de EL DESPERTAR,

Tened la bondad de publicar el resultado de la colecta hecha á favor de los compañeros huelguistas de Starlight, que dicho sea de paso, no dió, con sentimiento de todos, los resultados apetecidos, debido á la versión corrida el mismo sábado de que la casa habia arreglado con sus operarios, y por este motivo algunos talleres no hicieron recolecta, no por falta de voluntad.

ENTRADAS

Hilson y C.ª	\$ 2,75
Marcelino Pérez	4,10
Pando y C.ª	3,50
A. Lorente	0,55
Junquera	0,25
La Trocha	11,35
L. Sánchez	3,65
Davis	0,60
E. Hernández	0,15
Andrés Díaz	3,30
Total	30,20

SALIDAS

19 individuos á \$1,30	\$24,70
Por un manifiesto	1,75
Total	26,45

BALANCE

Entradas	30,20
Salidas	26,45
Restan	3,75

El Tesorero,

A. CASTAÑEDA.

Habiéndose decidido después publicar un manifiesto, que ha costado \$4, queda un déficit de 0,25.

EL CRIMEN DE CHICAGO (11 DE NOVIEMBRE DE 1887), por Hugh O. Pentecost.

EN TIEMPO DE ELECCIONES, (diálogo), por Enrique Malatesta.

EL PROCESO DE UN GRAN CRIMEN, por J. Montseny.

LOS SUCESOS DE JEREZ.

DECLARACIONES DE ETIÉVANT.

ENTRE NOS

Montreal.—Recibidos \$1,25.
New York.—Recibidos P. Ponga 0,50; F. López 0,10.
El Paso, Texas.—Por equivocación damos como recibido en el pasado número \$1,25, en vez de uno 1,50.